



## Memoria y emociones del tiempo presente latinoamericano

Frédérique Langue

### ► To cite this version:

Frédérique Langue. Memoria y emociones del tiempo presente latinoamericano. Eugenia Allier Montaño César Vilchis, Camilo Vicente Ovalle. En la cresta de la ola. Debates y definiciones en torno a la historia del tiempo presente, Bonilla Artigas Editores, pp. 135-152, 2020, 9786078636730. <hal-03017939>

**HAL Id: hal-03017939**

**<https://hal.science/hal-03017939v1>**

Submitted on 15 Dec 2021

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



HAL Authorization

# En la cresta de la ola

## Debates y definiciones en torno a la historia del tiempo presente

Eugenia Allier Montaña  
César Iván Vilchis Ortega  
Camilo Vicente Ovalle  
(coordinadores)



**Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas**

**Nombres:** Allier Montaño, Eugenia, editor | Vilchis Ortega, César Iván, editor  
| Vicente Ovalle, Camilo, editor.

**Título:** En la cresta de la ola : debates y definiciones en torno a la historia del tiempo presente / Eugenia Allier Montaño, César Iván Vilchis Ortega, Camilo Vicente Ovalle (coordinadores).

**Descripción:** Primera edición | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales : Bonilla Artigas Editores, 2020 | Serie: Pública memoria ; 15.

**Identificadores:** LIBRUNAM 2083130 | ISBN 978-607-30-3288-9 (UNAM)  
| ISBN 978-607-8636-73-0 (Bonilla Artigas Editores).

**Temas:** Historia moderna – Siglo XX | Historia moderna – Siglo XXI  
| Historiografía

**Clasificación:** LCC D421.E55 2020 | DDC 909.82 —dc23

Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por académicos externos al Instituto y de acuerdo con las normas establecidas por el Consejo Editorial de las Colecciones del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Los derechos exclusivos de la edición quedan reservados para todos los países de habla hispana. Queda prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, sin el consentimiento por escrito de su legítimo titular de derechos.

Proyecto PAPIIT IN401817: “Hacia una historia del presente mexicano: régimen político y movimientos sociales, 1960-2010”.

Primera edición: 2020

D.R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Sociales  
Ciudad Universitaria, 04510. Ciudad de México

D.R. © 2020, Bonilla Distribución y Edición, S.A. de C.V.  
Hermenegildo Galeana 111,  
Barrio del Niño Jesús  
Tlalpan, 14080, Ciudad de México

Coordinación editorial: Virginia Careaga Covarrubias  
Cuidado de la edición: Mauro Chávez Rodríguez  
Formación: D.C.G. Óscar Quintana Ángeles  
Diseño de portada: D.C.G. Jocelyn G. Medina

Impreso y hecho en México

ISBN: 978-607-30-3288-9 (UNAM)  
ISBN: 978-607-8636-73-0 (Bonilla Artigas Editores)

## CONTENIDO

Agradecimientos	11
Introducción.	
Arañar el tiempo estando sobre la cresta de la ola Camilo Vicente Ovalle, César Iván Vilchis Ortega y Eugenia Allier Montaño	13
DEBATES Y DEFINICIONES.	
TEMPORALIDAD, TEMÁTICAS Y ASPECTOS SOCIOPOLÍTICOS	
Historia y tiempo presente. La zona de la experiencia desnuda Ilán Semo	35
El tiempo presente en la historia: generaciones, memoria y controversia Eugenia Allier Montaño	49
El tiempo social: una visión transdisciplinaria Guadalupe Valencia García	77
Dos temas paralelos al auge de la historia del tiempo presente: el tiempo histórico y las relaciones entre historia y memoria Rogelio E. Ruiz Ríos	93

Emociones e historia reciente: hacia una refiguración de la distancia histórica Cecilia Macón	115
Memoria y emociones de un tiempo presente latinoamericano Frédérique Langue	135
Historia conceptual e historia del presente: ¿por qué los conceptos importan cuando se narra la historia coetánea? Gabriela Rodríguez Rial	153
Ética y política en el historiador del tiempo presente Eugenia Allier Montaño	175

## FUENTES Y METODOLOGÍAS

Historia reciente de América Latina como <i>outsider</i> : investigar el pasado cercano de una tierra extranjera Benedetta Calandra	197
Maneras de testimoniar en situaciones de abuso sexual Fernando M. González	219
Las víctimas en la historia del presente: un peligroso (en)canto de sirenas Juan Sebastián Granada-Cardona	255
Entrevistar perpetradores de violencia en el siglo XXI. Problemas e intersecciones entre historia oral e historia del presente Alicia de los Ríos Merino	279
Archivo y las huellas del presente Camilo Vicente Ovalle	297
Televisión e internet: fuentes para una historia del tiempo presente César Iván Vilchis Ortega	315

<i>El Sol de Sinaloa</i> : una fuente para reconstruir la historia del tiempo presente sobre la violencia política en México a finales del siglo xx Sergio Arturo Sánchez Parra	333
--	-----

CONSTRUCCIÓN DE LOS CAMPOS, TEMÁTICAS  
Y BALANCES HISTORIOGRÁFICOS

La historia vivida y el estudio de la violencia en México: conflictos historiográficos y dilemas metodológicos Rodolfo Gamiño Muñoz	355
---	-----

Consideraciones sobre política e historiografía: el campo de la Historia Reciente en la Argentina Marina Franco	373
---	-----

Reflexiones sobre el campo de estudios de los exilios en Argentina (1996-2016) Silvina Jensen y Soledad Lastra	395
--	-----

El campo de investigaciones sobre la historia reciente en Brasil, de su formación al estado actual Rodrigo Patto Sá Motta	413
---	-----

Conclusiones. El presente como historia	437
--	-----

Bibliografía	443
--------------	-----

## MEMORIA Y EMOCIONES DE UN TIEMPO PRESENTE LATINOAMERICANO

*Frédérique Langue*

Al margen de los temas habitualmente asociados a la historia del continente latinoamericano y sus cuestionamientos historiográficos, hace pocos años se encendió un debate de singular importancia a la hora de valorar los usos del pasado y la escritura de un tiempo presente; en todo caso, de una historia más reciente. Se trató de la publicación de una “historia mundial de Francia” (*Histoire mondiale de la France*), una obra de gran amplitud temática y renovado contenido epistemológico coordinada por Patrick Boucheron. Sin duda, fue una producción editorial de índole generacional y política a la vez. Buscaba reivindicar una concepción pluralista de la historia, en una suerte de manifiesto en contra del “achicamiento identitario” (“rétrécissement identitaire”) que acecha a un espacio público e intelectual galo avasallado por las proclamas globalizadoras. El interés de esta publicación radicó en la respuesta que suscitó en el *NouvelObs* por parte de Pierre Nora, quien llegó a identificar en la obra selecciones equívocas (determinadas fechas históricas más que otras, de alcance consuetudinario para el gremio de los historiadores), referencias ligadas a “continuidades identitarias”, y por lo tanto “defensivas”, fundadas en un “multiculturalismo reinterpretado”, sendas características que apuntaban a paliar las incertidumbres de una izquierda en pleno descalabro. El panfleto recibió una respuesta no menos contundente de Patrick Boucheron.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> “‘Histoire mondiale de la France’: Pierre Nora répond à Patrick Boucheron”, *BiblioObs*, 30 de marzo de 2017. Disponible en <<https://bibliobs.nouvelobs.com/idees/20170328.OBS7228/>>

De esta escaramuza surgieron varios elementos de interés para la escritura de la *historia del tiempo presente* en el continente latinoamericano. Uno de los mayores argumentos esgrimidos por Nora consiste en subrayar, y deplorar, la influencia de lo político en esta empresa editorial; dicho de otra forma, la instrumentalización de la historia al servicio de una ideología: la historia es un objeto con el cual cada quien debe tener la posibilidad de identificarse, “más allá de sus opiniones políticas y partidarias” (“l’histoire est un objet où chacun doit pouvoir se reconnaître en dehors de ses opinions politiques et partisans”). En este sentido, Boucheron habría “secuestrado la disciplina histórica para dar a entender que su aporte científico se ubicaba en un campo político bien determinado”. Su propuesta habría sido de un horizonte “inquietante” de “fechas alternativas” y “hechos alternativos”. Asimismo, tendría como consecuencia el fin de una verdad común, compartida, o sea, la razón de ser de la historia y sus enseñanzas. Nora insistió finalmente en el “papel cívico” que le corresponde al historiador (en la perspectiva de Marc Bloch) y asestó: los historiadores no estamos para contrarrestar el relato nacional –por el que abogaba en ese momento un ex primer ministro, aparte de las iniciativas tomadas por un antiguo presidente de la República–, tampoco para escribirlo. Y recordó esta fórmula tajante del autor de *Combates por la historia* (1953): “una historia que sirve es una historia sierva” (Lucien Febvre).

Esta discusión, centrada en las modalidades del “relato” histórico y la “veracidad” que encierra, se deriva sin duda de la idiosincrasia nacional. Varias observaciones pueden desligarse de esta misma de especial interés para el historiador del tiempo presente (latinoamericano). El primer punto, obvio quizás, tiene que ver con la contextualización: no se puede comparar cabalmente el siglo XIX y los inicios del XX con el XXI y sus debates y yerros, demultiplicados además en una escala planetaria por las nuevas tecnologías de la información. No nos corresponde analizarlo aquí, pero, dicho de otra forma, la globalización de hoy en términos de circulación de hombres e ideas dista de ser la del periodo moderno o de las primeras décadas del siglo XX, habida cuenta de las “nuevas tecnologías de la información” y de sus efectos multiplicadores con creces y en varias escalas. Sea cual fuera la ubicación en determinada secuencia histórica de los siglos XX y XXI, este tipo de conclusión no deja pasar

---

histoire-mondiale-de-la-france-pierre-nora-repond-a-patrick-boucheron.html>; “Faire de l’histoire aujourd’hui: la réponse de Boucheron à Nora”, *BiblioObs*, 5 de abril de 2017. Disponible en <<https://bibliobs.nouvelobs.com/idees/20170404.OBS7541/faire-de-l-histoire-aujourd-hui-la-reponse-de-boucheron-a-nora.html>>.



por alto el papel que le corresponde al historiador del tiempo presente como científico social y como ciudadano.

En el mismo orden de ideas, se obvia la “dimensión política”, posiblemente insoslayable, de esta labor, inconclusa por definición: un historiador no vive recluido en su torre de marfil, sino que vive la “última catástrofe” en directo. Finalmente, la práctica de la historia del tiempo presente no puede desligarse de un contexto democrático *in fine* y *a minima*, aunque sea de “transición”, en el caso de los países que experimentaron regímenes autoritarios o dictatoriales (el “pasado vivo”), o de marcadas influencias ideológicas, incluyendo los países europeos. No sólo el presente sino también la memoria del pasado terminan falsificados “en directo” en aras de ideologías caídas en desuso, si consideramos la visión que de Venezuela, Cuba o Brasil *se quiere* presentar desde Europa por unas izquierdas carentes de referencias ideológicas desde la caída del muro de Berlín o de Fidel Castro de su pedestal revolucionario. Así sucedió con la izquierda europea y sus “sueños quebrados” en 2003, luego de las críticas formuladas en torno a los derechos humanos en la isla por un primer ministro galo. La dimensión emocional de los regímenes de historicidad y el papel de las historias oficiales (la “historia sierva”), el papel significativo de las matrices memoriales fundadas en un trauma colectivo (el “pasado vivo”), quedan aquí debidamente comprobados, de ahí que llegamos a hablar de “regímenes emocionales”. Finalmente, en esta tensión permanente entre memoria, historia y olvido (Paul Ricœur), propia de lo que Ricardo García Cárcel denominó “sociedades de memoria”, también se pasa por alto la subjetividad y sensibilidad propia del historiador, de acuerdo con Henry Rousso (Capdevila y Langue, 2009 y 2014; Ricœur, 2000; Rousso, 2012 y 2016; García Cárcel, 2012).<sup>2</sup>

Para delinear estas memorias en el espejo del pasado, este ensayo insistirá en las grandes líneas de la *historia del tiempo presente* en los mundos ibéricos y, con una perspectiva comparada, en sus grandes paradigmas, en términos de temporalidades y herencias históricas de larga duración (los mitos fundadores de una nación). Asimismo, tomará en cuenta su diferenciación con respecto a la experiencia europea inicial y la superposición de regímenes de historicidad con regímenes emocionales a la luz de investigaciones recientes.

<sup>2</sup> “Un ensayo contra el abuso de la memoria gana el Premio Nacional de Historia”, *El País*, 27 de noviembre de 2012. Disponible en <[https://elpais.com/cultura/2012/11/27/actualidad/1354017632\\_670374.html](https://elpais.com/cultura/2012/11/27/actualidad/1354017632_670374.html)> (consulta: 25 de septiembre de 2018).

## PARADIGMAS AFINES

“Sem memória, não ha futuro”, se lee en el Museo do Aljube, de Lisboa, una antigua cárcel para presos políticos transformada en Museo de la Libertad y Resistencia (2015), en recuerdo de la lucha contra la dictadura salazarista y el advenimiento de la democracia. La memoria escenifica aquí las lecciones de un pasado que de igual manera encontramos revivido y reinterpretado en España (la memoria dividida de la guerra civil) o a lo largo y ancho del continente latinoamericano (los “desaparecidos” de Rubén Blades, la masacre estudiantil de México en 1968, las víctimas del genocidio guatemalteco en 1986 y de las dictaduras del Cono Sur). Desde esos escenarios trágicos, América Latina se afirma como una comunidad de significados compartidos que se relacionan con determinados acontecimientos históricos: las dictaduras y los regímenes autoritarios de siniestro recuerdo, y antes los enfrentamientos políticos de los años sesenta ochenta entre la lucha armada y la represión, pero también la violencia económica, que se vino acentuando en los años ochenta y noventa. Antes de los noventa, e incluso de los inicios del siglo XXI, pocos fueron los trabajos de historiadores profesionales que buscaron lidiar con las problemáticas ligadas a un pasado reciente, con este “pasado que no pasa”, dejándoles el terreno de la escritura de la historia a otros “actores”: medios de comunicación, jueces, asociaciones de solidaridad u otros especialistas de ciencias sociales (sociólogos o politólogos), como sigue siendo el caso con ciertos temas, con el de las comisiones de la verdad como el más significativo (Langue, 2015; Costa Pinto y Palomanes Martinho, 2013).

A partir de los años 2000, la situación ha ido evolucionando sustancialmente, de forma parecida a la del modelo inicial, el Institut d’Histoire du Temps Présent (IHTP) francés. En los países del Cono Sur, en Chile (a veces con la denominación de “historia del pasado reciente”), en Argentina, en Uruguay, la historia del tiempo presente (la “historia reciente” en el caso argentino, lo que nos lleva a una secuencia cronológica más cerrada) se ha desarrollado en contextos posdictatoriales, promovida muy a menudo por investigadores que realizaron sus estudios doctorales en Francia, algo que también sucedió con historiadores de México.<sup>3</sup> La historia del tiempo presente ha ido experimentando un auge a la vez institucional y conceptual, convirtiendo al Cono Sur en uno de sus focos. Ocasionalmente se menciona el *presente*, el *pasado vivo*, en for-

<sup>3</sup> Véanse los trabajos de Marina Franco o Eugenia Allier Montaño, por mencionar tan sólo a estas dos historiadoras.

maciones universitarias que se benefician, por lo tanto, de un reconocimiento relativamente reciente. En Brasil, la *história do tempo presente* se ha configurado como espacio clave dentro de la historia contemporánea, tanto en la universidad como en grupos de investigación a nivel nacional.

Entre las primeras iniciativas (e hitos) que han intentado definir esa nueva corriente historiográfica en relación con la problemática de la memoria colectiva, a la par que tendían puentes entre Europa y América Latina, hay que mencionar a la organización Historia a Debate, de España, desde los años noventa, aunque con una propuesta historiográfica más próxima a la “historia inmediata”; el sitio *Historizar el Pasado Vivo en América Latina*, producto de una discusión a varias manos y coordinado desde Chile por Anne-Pérotin Dumon, junto con investigadores del IHTP (2007), y la obra colectiva *Entre historias y memorias. Los desafíos metodológicos del legado reciente de América Latina*, publicada por la AHILA en 2007 (Stabili, 2007).<sup>4</sup> Se trata ante todo de corresponder a una demanda social en una coyuntura de salida de dictaduras; dicho de otra forma, de “historizar el pasado vivo, lo que conlleva un reto epistemológico que explica en gran medida la dimensión programática de los encuentros sobre el tema, así como las formaciones metodológicas propuestas en el marco de programas de máster o doctorado.

Es necesario recordar la movilización de historiadores del Cono Sur al considerar un pasado traumático y contrarrestar una persistente historia oficial sobre el particular. El “Manifiesto de los historiadores”, dado a conocer en 1999 en Chile, se opone al “recrudescimiento notorio de la tendencia de algunos sectores de la sociedad nacional a *manipular y acomodar* la verdad pública sobre el último medio siglo de la historia de Chile”, tendencia hecha explícita por medio de una carta de Pinochet a los chilenos, encaminada a defender la visión de una epopeya nacional custodiada por los “hombres de armas” con la complicidad de las “élites oligárquicas”.<sup>5</sup> Recordemos, al respecto, el texto publicado en el diario *Clarín* por Luis Alberto Romero, donde se subraya la necesidad de que la disciplina histórica se adueñe de los “años de plomo” y los “asuma” incluso para afianzar el proceso democrático (Romero, 2006).<sup>6</sup>

<sup>4</sup> Historia a Debate: <<http://www.h-debate.com>>; Historizar el pasado vivo: <<http://www.historizarelpasadovivo.cl>>.

<sup>5</sup> Viene subrayado en el texto. “Manifiesto de historiadores”, Santiago de Chile, enero de 1999. Disponible en <[http://www.archivochile.com/Ceme/recup\\_memoria/cemememo0003.pdf](http://www.archivochile.com/Ceme/recup_memoria/cemememo0003.pdf)> (consulta: 10 de septiembre de 2018).

<sup>6</sup> “Argentina: historia oficial. La declaración de los historiadores”, de noviembre de 2011, texto completo en: <<https://nuevomundoradar.hypotheses.org/89294>> (consulta: 10 de septiembre de 2018).

En el mismo orden de ideas, la declaración de los historiadores argentinos sobre la historia oficial y la creación del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico Argentino e Iberoamericano Manuel Dorrego (noviembre de 2011) puso de relieve el dinamismo de la historia del tiempo presente (o reciente, como se le prefiera llamar en Argentina, con la advertencia señalada). Se evidenció claramente la vinculación entre contexto democrático (el marco legal y político que facilita el acceso a los archivos y el espacio de libertad que propicia la difusión de estos temas) y desarrollo institucional de la disciplina (abordar la historia y las representaciones de las dictaduras, sentar las bases epistemológicas de un “pasado vivo”).

La Ley de Memoria Histórica de España (2007) y luego el retroceso que supuso la publicación del polémico, por sesgado, *Diccionario biográfico español* (2011) y el cierre de archivos fundamentales para la historia del franquismo y de la guerra civil a partir de 2012 participan de una suerte de “memoria globalizada”, aunque no siempre compartida y con notables episodios revisionistas que también encontramos en Europa.<sup>7</sup>

Tanto en Europa como luego en América Latina, la historia del tiempo presente se vino configurando como una corriente historiográfica y un reto epistemológico. Partiendo de un régimen de historicidad centrado en el presente, en relación con el pasado, propuso en primer lugar un reparto histórico distinto al de la historia contemporánea, a la par que ofreció una problematización alternativa en cuanto al conocimiento del pasado, desde equipos de investigación localizados mayoritariamente en el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS), en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) y en el SciencesPo. Otras redes de investigadores, si bien contemplaron coyunturas recientes, se centraron en la socio-historia de la memoria colectiva (Pierre Nora). El proceso culminó en el CNRS con la fundación de su propio centro de investigación, heredero del Comité de Historia de la Segunda Guerra Mundial: el Instituto de Historia del Tiempo Presente (IHTP), confortando este campo de la historia partiendo de una mayor cesura en la historia europea. En ese aspecto, se diferencia claramente de la historia inmediata, una historia escrita en el preciso momento en que se da, o también de la “historia de lo muy contemporáneo”, defendida por Pierre Laborie, más focalizada

<sup>7</sup> “La naturaleza del franquismo”, *El País*, 8 de junio de 2011. Disponible en <[https://elpais.com/diario/2011/06/08/opinion/1307484011\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2011/06/08/opinion/1307484011_850215.html)>; “La larga sombra del franquismo historiográfico”, *El País*, 26 de mayo de 2012. Disponible en <[https://elpais.com/elpais/2012/05/11/opinion/1336763053\\_612230.html](https://elpais.com/elpais/2012/05/11/opinion/1336763053_612230.html)> (consulta: 10 de septiembre de 2018).

en un pasado estudiado desde el testigo que en el mismo presente (García, 2010; Laborie, 2001).<sup>8</sup>

Focalizada en la pregnancia del pasado en el presente, en el “pasado presente”, la historia del tiempo presente se desenvuelve alrededor de un eje, el papel del testigo, teniendo en cuenta que el historiador también es coetáneo de los hechos estudiados, o por lo menos de sus ecos en el presente. Fuera de esta secuencia histórica y generacional, o sea, de la contemporaneidad de los hechos, también puede llegar a ser “experto”, y como tal llamado a comparecer en juicios acerca de un “pasado que no pasa”, de un “nunca más”. En este aspecto, el contexto cultural de Francia en las últimas décadas del siglo xx privilegió determinados momentos de la historia nacional: Vichy, la ocupación y la deportación, la Resistencia, consolidándose los estudios sobre la construcción social de una memoria colectiva, del trauma y del “pasado que no pasa”, que surgen reiteradamente en la actualidad política e intelectual e incluso en la opinión pública.

La caída del muro de Berlín (1989) significó una ruptura mayor en el régimen de historicidad y sus hitos cronológicos, así como en las temáticas desarrolladas en lo sucesivo por los historiadores del tiempo presente. Se impuso una cierta tendencia a rescatar el tiempo largo ante el sentimiento de aceleración del tiempo, de la incertidumbre del presente y el impacto de la “última catástrofe”, con excepción de la Shoah, que se beneficia hasta nuestros días de un persistente interés. En este lapso, esta forma de escribir la historia, por más debatida que resultó en sus inicios, alcanzó legitimidad tanto en el espacio público como en el ámbito universitario. Esta suerte de reconfiguración permanente del tiempo presente, dependiendo de las sociedades y de los momentos históricos, resulta fundamental también para el continente latinoamericano. Prueba de esto es la tensión pasado/presente en que se fundamentan los estudios (pos)coloniales, los análisis conjuntos sobre justicia o violencia (y por lo tanto sobre políticas de reparación), sendos temas que llegaron a profundizar enfoques anteriores sobre inmigración, (neo)imperialismo o el hecho colonial, insertos ahora en políticas memoriales y puntos de partida de reivindicaciones para determinadas comunidades (Bédarida, 2001; Roussio, 1994 y 2012; García, 2003; dossier *Bulletin de l'Institut d'Histoire du Temps Présent*, 2000).

<sup>8</sup> Institut d'Histoire du Temps Présent: <<http://www.ihtp.cnrs.fr>>.

**SOBRE OTROS HÉROES Y TUMBAS,  
O EL TIEMPO PRESENTE LATINOAMERICANO  
Y SUS ESCALAS DE TIEMPO**

Si bien son notables las convergencias entre Europa y el continente latinoamericano, en términos de contexto político y de legitimidad científica, varios elementos contribuyen a diferenciar ambos itinerarios epistemológicos y conceptuales, que abarcan tanto la densidad de la relación con la o las historias nacionales, y ocasionalmente continental, las temporalidades y escalas de tiempo alternas y la permanencia en los imaginarios colectivos de las figuras heroicas, fundadoras de la nación; dicho de otra manera, la pregnancia de los mitos históricos en ausencia de rupturas significativas como lo fueron para los países europeos las dos guerras mundiales (Capdevila y Langue, 2009: Introducción). Esta relación simbólica a la historia, el ansia por el pasado, que se beneficia en ciertos países de la llegada tardía de la historia profesional/universitaria, sigue siendo una constante desde el siglo XIX, arraigada además en el momento fundacional de las repúblicas y de las jóvenes naciones, con motivo de las revoluciones de Independencia. Ese mismo siglo de las guerras civiles o de los conflictos entre Estados fue también el momento en que las élites se preocuparon por escribir las historias nacionales desde la cúpula de esos mismos Estados. Los mandatarios opinaron sobre el pasado, desde Bartolomé Mitre (uno de los fundadores de la historia académica argentina) a Hugo Chávez (el “Bolívar del siglo XX/XXI”, quien llegó a pregonar una “segunda Independencia” frente al “Imperio”, inspirándose en un mito bolivariano de alcance continental), pasando por el general Stroessner, en Paraguay, y Fidel Castro, en Cuba (con referencias sistemáticas a José Martí, la guerra de Independencia y las ideas revolucionarias). Los gobiernos positivistas –Antonio Guzmán Blanco (1829-1899) en Venezuela; Porfirio Díaz (1830-1915) en México– desempeñaron un papel especial en este proceso de instrumentalización de la historia, en la edificación de “historiografías patrias”, símbolos y “lugares de memoria” (expresión de Nora), y en la forja de un imaginario político reforzado por un sinfín de conmemoraciones (Bertrand y Marin, 2001; Langue, 2011).

Esta pasión por la historia nacional, como asoma en la mayoría de los discursos políticos y gubernamentales sobre el pasado, aprovecha dos catalizadores: las dinámicas identitarias y lo político. La relación con la historia caracteriza precisamente a las sociedades asentadas en el conflicto, que tienden a privilegiar la figura de los vencedores, ubicados por encima de los “vencidos”, una historia oficial fuerte y una resistencia en términos de reescritura de la historia, de

“visión de los vencidos”, de revisionismo histórico y hasta de “contrahistoria”. De ahí la afirmación de corrientes historiográficas y aspiraciones memoriales divergentes que llegan a expresarse a través de opciones e ideas políticas (centralistas/federalistas, liberales/nacionalistas, o populistas, o en una perspectiva racializante: indígenas/blancos, etcétera). De esta configuración dualista se derivan un sinnúmero de movilizaciones, tanto a nivel de los intelectuales como de la sociedad civil, y especialmente su componente indígena, fuente de varias polémicas con motivo de las conmemoraciones de 1492 (descubrimiento de América, encuentro de dos o tres mundos, transformado en día de la resistencia en varios países) y de denuncia de alguna que otra forma de neocolonialismo (Capdevila y Langué, 2009: 17; Capdevila y Langué, 2014: 9).

Junto a la relación simbólica con la historia, hay que mencionar unas temporalidades distintas, propicias a la exaltación de mitos históricos. No en balde se están movilizandose desde hace varias décadas las organizaciones indígenas y los especialistas de las ciencias sociales, sobre todo historiadores, con la finalidad de rescatar otra “memoria histórica”, apoyándose en testimonios orales y archivos “olvidados” y sacando a la luz nuevas problemáticas de la historia política (y no de *lo* político) y de la historia del tiempo presente, en una coyuntura democrática a escala del continente. Se habla en adelante de historia de los campesinos, de los indios, de los obreros, de las mujeres, sendas vías que participan además de una democratización de la historia y dan paso a verdaderas y pujantes corrientes historiográficas. La relación pasado/presente, las temporalidades y, por lo tanto, los regímenes de historicidad difieren sustancialmente, de acuerdo con las comunidades memoriales, en sociedades herederas del antiguo orden colonial. La mayoría de los mitos fundadores de las naciones iberoamericanas se remontan al siglo XIX y las revoluciones de Independencia terminan siendo el crisol de la creación de héroes que encontraremos a continuación en los panteones republicanos. Algunas referencias más tardías no obvian los retos que les corresponden a unas memorias divergentes; en Paraguay, con el recuerdo de la guerra contra la Triple Alianza; en Cuba, con el enfrentamiento con España, o en México, cuyo imaginario nacional está arraigado en la Revolución de 1910, aunque no dejó de confluir con las celebraciones del bicentenario de la Independencia (2010), a la par que exalta un glorioso pasado precolombino.

Así, en Venezuela, el mito bolivariano dio origen desde la revolución de Independencia a una verdadera “religión republicana”; del mito heroico propiamente dicho a la revolución “bolivariana” de Hugo Chávez, “taumaturgo del pueblo”, pasando por el culto cívico instaurado a raíz de la repatriación de los restos del *Libertador* en 1842 (Bolívar murió en Santa Marta en 1830) e



institucionalizado durante el gobierno del “ilustre americano” Guzmán Blanco a finales del siglo XIX. En América Central, el caudillo liberal de origen hondureño y héroe centroamericano Francisco Morazán es objeto de un culto que se va popularizando hasta hoy y se invoca incluso cuando se derroca al presidente Zelaya en Honduras (2009). Más que en Europa, sin embargo, este tipo de comunidades memoriales se inserta en lo que podemos llamar comunidades de significado en varias escalas, la de los grupos, de los Estados o de escala continental, lo que explica también el éxito granjeado por no pocos discursos antiimperialistas y manipulaciones históricas a lo largo de estas últimas décadas (Langue, 2009; Pino Iturrieta, 2003: 23, 67; Lacaze, 2017).

El último elemento característico de la historia del tiempo presente en América Latina es la ausencia de acontecimientos traumáticos del alcance de las dos guerras mundiales, de tal forma que no se dan rupturas tan drásticas respecto al pasado y tampoco van cambiando sustancialmente las representaciones propugnadas por los actores de la historia o, mejor dicho, de quienes la escriben: la memoria de Europa convoca a las “víctimas”, cuando la de América Latina ejemplifica con los “vencidos”, por más que se haya relativizado el proceso con el rescate de los pasados dictatoriales a lo largo y ancho del continente. En cambio, son acontecimientos de “escasa intensidad” (Paul Veyne) los que han marcado la historia reciente de América Latina, derivados en gran parte del modelo revolucionario cubano y del mito genésico de la Revolución cubana, con la “lucha armada” de los años sesenta, sus avatares en las siguientes décadas y la difusión de un imaginario político que se trasladó hasta Europa (véanse las declinaciones ideológicas del mes de mayo del 68). En este contexto, mucho más significativo ha resultado ser para América Latina el periodo de la guerra fría en una escala “hemisférica”, por las azarosas relaciones con el vecino del norte y el advenimiento de regímenes autoritarios, si no de dictaduras “de seguridad nacional” en la segunda mitad del siglo XX, con la excepción muy relativa, ya que volvió al cauce continental en el siglo XXI, de Venezuela. La violencia asociada al pasado traumático cobra, por lo tanto, otro sentido, el que las comisiones por la verdad y la reconciliación pusieron de relieve al obrar por rescatar este pasado a veces olvidado de los procesos de democratización o, mejor, de transición a la democracia. Más que el “deber de memoria” ejemplificado en Europa, se trata aquí de un derecho, si bien de alcance colectivo, también basado en la memoria individual y familiar, como se plasmó en la Ley de Memoria Histórica de España. Contrarrestar este “pasado que no pasa” implica recurrir a los testimonios de sus actores (que se corresponden muy a menudo con determinadas generaciones) o de sus víctimas, muy a menudo presas del silencio, como se evidenció



en el caso de Chile. Esta historia del tiempo presente, ahora muy mediatizada, incluye, por lo tanto, modalidades de escritura distintas al relato mismo, las imágenes (fotografías, cine), dibujos y caricaturas, incluso como pruebas con motivo de los juicios a los torturadores (Capdevila y Langue, 2009: 18-21; dossier *Conserveries Mémoires*, 2017).

## EMOCIONES: ¿UNA HISTORIA COMPASIVA?

En este contexto, donde afloran reiteradamente emociones compartidas e incluso colectivas, es obvia la relación que se establece con el ejercicio de la memoria y las movilizaciones políticas. Compaginar tiempo presente y emociones no significa por eso una confusión entre lo émico y lo ético, o cualquier otra forma de compasión o militancia que cegaría, al menos en parte, al historiador. Las emociones no pueden ser sino objeto de la historia en la medida que la encarnan. Abordar el papel del testigo no significa, por otra parte, hacer caso omiso de sus reacciones ante el acontecimiento y el trauma. Los acérrimos debates que encienden el espacio público en España cuando se trata de memoria colectiva, de las fosas comunes de la guerra civil a los persistentes símbolos del franquismo en la democracia (recientemente el Valle de los Caídos, la sepultura de Francisco Franco en un monumento dedicado a las *víctimas* del conflicto), o en los países andinos a la hora de reescribir la historia de los olvidados por las mismas élites indígenas, o la polémica acerca de los símbolos patrios y el culto a Bolívar en Venezuela, amén de la instrumentalización de las conmemoraciones del bicentenario de las independencias iberoamericanas por los gobiernos en turno, son pruebas de que no se puede obviar el tema. El mundo hispánico resulta ser, incluso, un espacio privilegiado para observar la formación de comunidades emocionales que se originan en una “memoria histórica” común y se cruzan con regímenes de historicidad adversos –muy a menudo gubernamentales/oficialistas, si tenemos en cuenta los usos políticos del pasado–, aunque cada vez más contrarrestados por iniciativas internacionales –en el caso de Pinochet, el papel del juez Garzón y de los tribunales internacionales, etcétera (Capdevila y Langue, 2009: 15-17; Hartog, 2003; Ferro, 2007).<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Entrevista a Henry Rousso, “Le surinvestissement dans la mémoire est une forme d’impuissance”, *Libération*, 8 de abril de 2016. Disponible en <[https://www.liberation.fr/debats/2016/04/08/henry-rousso-le-surinvestissement-dans-la-memoire-est-une-forme-d-impuissance\\_1444888](https://www.liberation.fr/debats/2016/04/08/henry-rousso-le-surinvestissement-dans-la-memoire-est-une-forme-d-impuissance_1444888)> (consulta: 18 de septiembre de 2018).

En el mismo orden de ideas, América Latina y España participan de una globalización de las memorias, en el sentido de prácticas culturales y políticas compartidas, promovidas por una mayor diversidad de actores (asociaciones de víctimas, organizaciones de defensa de los derechos humanos, organizaciones no gubernamentales) y siempre en la larga duración que ya subrayamos. Los símbolos de ese “oscuro pasado”, o su equivalente en el caso de regímenes autoritarios, en el espacio público urbano concentran las expresiones del “Nunca más” y de una “memoria negativa”, que no pone de relieve una gesta patriótica, sino la responsabilidad del Estado y la situación de las víctimas: desapariciones nocturnas de estatuas de Franco en España (2005), derribo de representaciones de Chávez en Venezuela (y bajo su mandato de estatuas de Colón), recorridos memoriales en centros de tortura convertidos en museos-fundaciones *ad hoc*: como la sede de la Escuela de Mecánica de la Armada en Buenos Aires y el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos en Santiago. Aunque hay que recordar que, en este último caso, ya presente en el informe Rettig de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación del año 1991, no fueron pocas las críticas hacia ese lugar de memoria para las víctimas de la represión de la dictadura militar: “Una lucha memorial sigue presente entre quienes se disputan el estatus de víctima”. Siempre en Chile, la renuncia del ministro de Cultura luego de sus declaraciones acerca del “montaje” que habría sido el referido museo, impidiendo reflexionar respecto a los orígenes de la violencia política en Chile, volvió a abrir las heridas de un pasado marcado por violaciones a los derechos humanos desde el mismo Estado (Capdevila y Langue, 2009; Rouso, 2016: 265 y ss.; Gárate, 2018).<sup>10</sup>

Esta memoria compartida mucho más allá de las fronteras nacionales, esta “conciencia internacional”, incluso sobre los capítulos más violentos del siglo XX y de sus avatares en el siglo XXI, desempeña un papel fundamental a la hora de defender la democracia y la libertad de expresión, si consideramos el significado que tuvo desde y para América Latina una de las “últimas catástrofes”, el atentado en contra del periódico satírico *Charlie Hebdo* en París (enero de 2015). La política apareció en esa oportunidad como el revelador no sólo de un acontecer traumático y de unas emociones comunes, sino también de una cultura política compartida a través de unas prácticas republicanas y democráticas y del rechazo

<sup>10</sup> Seminario IHTP con Manuel Gárate Chateau, “Las polémicas en torno al Museo de la Memoria y los Derechos Humanos en Chile”, 22 de noviembre de 2015. Síntesis publicada en el *Carnet de l’IHTP*, 21 de noviembre de 2015. Disponible en <<https://ihtp.hypotheses.org/1350>> (consulta: 18 de septiembre de 2018).

hacia opciones ideológicas autoritarias (Langue, 2016a).<sup>11</sup> Los momentos de emociones, tristeza, alegría, miedo, entusiasmo o cólera, si bien se derivan de una interiorización a la vez particular y colectiva del pasado, no dejan de expresar una aspiración a reescribir la historia, sea cual fuera su soporte: escritos, museografía, juicios, artes visuales o escenográficos, sendas vías de historización de este “pasado vivo”.

La especificidad y mayor fuerza del tiempo presente latinoamericano a partir de la última década del siglo xx quizá radique en esta capacidad de movilización o en esta sinergia entre movilizaciones políticas propiamente dichas y un compromiso fuerte en defensa de la “memoria histórica”, que a su vez da lugar a un vuelco historiográfico que raramente encontramos en Europa. Las representaciones políticas del pasado se han convertido en un reto, lo que se observa en varios países donde las emociones colectivas catalizan verdaderamente las formas de movilización, incluso en sus expresiones más espontáneas o presentadas como tales, y en todo caso en una opinión pública sensibilizada por estos temas (Venezuela, Chile, España). Otras configuraciones culturales, con otros actores/movimientos sociales, se dan asimismo en los demás países, fundadas en una relación diferenciada al tiempo histórico. Los regímenes emocionales contribuyen en este aspecto a explicitar los regímenes de historicidad y los retos políticos y sociales que conllevan.<sup>12</sup>

Fuera de los efectos de moda historiográfica, las emociones (pasión, odio, miedo, resentimiento) siguen siendo un objeto complejo, en la medida que “nos gobiernan” y desafían la “racionalidad”, aparte de que encierran retos políticos a corto plazo, rompiendo de esta forma con la violencia secular, las desventuras de las revoluciones o los traumas de las dictaduras que también las antecedieron. Lejos de ceñirse a un propósito compasivo por el historiador del tiempo presente, son parte del estudio cuidadoso de un contexto social y cultural, como bien lo subrayaron precursores en la materia (Johan Huizinga, Jean Delumeau o Lucien Febvre). Basta la consideración del odio político y la denuncia del enemigo en la Argentina de los años setenta, con base a una propaganda visual de lo más eficiente, asentada en un imaginario peronista renovado. El ingrediente nacionalista, como fe de sustitución, junto con la creencia en la

<sup>11</sup> La expresión “oscuro pasado” fue utilizada en la declaración pública de la Asociación de Magistrados chilenos: “Jueces chilenos piden perdón por sus ‘omisiones’ en la dictadura de Pinochet”, *El País*, 5 de septiembre de 2014. Disponible en <[http://internacional.elpais.com/internacional/2014/09/05/actualidad/1378356025\\_053445.html](http://internacional.elpais.com/internacional/2014/09/05/actualidad/1378356025_053445.html)>.

<sup>12</sup> Disponible en <<http://www.historizarelpasadovivo.cl/>>.

historia, termina siendo uno de los pilares del discurso sobre el pasado, que encontramos asimismo en Cataluña, de tal forma que las emociones desempeñan un papel de resorte memorial, tanto a nivel individual como colectivo y en el tiempo largo. Como se expresan a lo largo y ancho del continente latinoamericano o en España, acompañan constantemente el retorno a la democracia y la lucha subsecuente por preservarla, en procesos de reparación y justicia que se van afirmando a través de la llamada “justicia transicional”. En el caso de Chile, hasta se ha subrayado un cambio de régimen de historicidad respecto a un 11 de septiembre “emocional”, con motivo del cuadragésimo aniversario del golpe y bajo la mirada de una nueva generación de historiadores (Franco, 2012; Cristiá, 2014; Delumeau, 2012; Camps, 2012, Canal, 2018; Gárate, 2014).

## EL CASO DE VENEZUELA: EMOCIONES EXACERBADAS

Uno de los ejemplos más significativos del “imperio de las emociones”, así como de su instrumentalización política e ideológica, tanto adentro como afuera de las fronteras nacionales, lo tenemos con el caso de Venezuela. Desde las primeras décadas del siglo XIX y la revolución de Independencia, la figura del *Libertador* Simón Bolívar ha sentado las bases de un culto cívico convertido en piedra de toque en la nación venezolana. Mito sobradamente consensual, “por y para el pueblo” (Carrera Damas, 1989), verdadera “religión republicana” inscrita en el tiempo largo, el mito bolivariano ha inspirado a los gobernantes criollos, especialmente desde fines del siglo XIX, bajo el gobierno positivista de Antonio Guzmán Blanco, fundamentando tanto las consabidas “historias patrias” como el uso discrecional del pasado y la nueva y muy ofensiva historia oficial que se impuso durante la presidencia de Hugo Chávez (1999-2013), el “Bolívar del siglo XX/XXI”, despertando encontradas pasiones historiadoras hacia el “divino Bolívar” (la “rebelión de los historiadores”) (Pino Iturrieta, 2003; Straka, 2009). El pasado reinterpretado –se trata de lograr una “segunda Independencia” en contra de un “segundo imperio”– en aras de una teleología bolivariana encarnada por un líder mesiánico, salvador del continente, si no del mundo (discurso en la ONU en 2006), se reescribe bajo los auspicios de un Centro Nacional de Historia (2007), presentado en su portal *web* como “institución rectora de la política del Estado venezolano en todo lo concerniente al conocimiento, investigación, resguardo y difusión de la historia nacional y la memoria colectiva del pueblo venezolano”. Nunca, en la histo-

ria de Venezuela, se había instrumentalizado hasta este punto el pasado nacional (Langue, 2011 y 2017; Pino Iturrieta, 2005).

No es necesario decir que las emociones están presente a la hora de valorar esta radical reescritura de la historia y del mito fundador de la nación venezolana. Hay que recordar que el liderazgo carismático de Hugo Chávez fue también el de un “mago de las emociones”. Asimismo, el intento de golpe de Estado que protagonizó en 1992 se conoce como la “rebelión de los ángeles” (de acuerdo con la ex guerrillera Ángela Zago), debidamente celebrada en el calendario conmemorativo del chavismo. El credo revolucionario, cada vez más inspirado en el modelo cubano, contribuiría en forjar un régimen emocional movilizador para ambos bandos, en una opinión pública tempranamente polarizada (Uzcátegui, 1999; Straka, 2009; Langue, 2002; Zago, 1998). En el registro emocional del periodo (fervor revolucionario, odio hacia el “enemigo”/opositor, resentimiento de larga duración clave del discurso antiimperialista, ira justiciera, etc.), el resentimiento desempeña un papel fundamental. Resorte del discurso revolucionario y antiimperialista, de acuerdo con la caracterización de Marc Ferro, se convierte en una “pasión social” donde afloran imaginario político, creencias e ideologías. Es un discurso de enfrentamiento hecho dogma, experimentado a diario y celebrado como modo de gobernanza, y más desde los “sucesos de abril” (2002, golpe en contra de Hugo Chávez), que propiciaron la radicalización extremada del discurso de la “Revolución” (uno está a favor o está en contra, puntualizó el mismo Chávez) antes de la creación del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV). El origen del resentimiento se remontaría a la década de los sesenta, ligado al sentimiento de exclusión de la izquierda después del pacto de Puntofijo (1958), a las divisiones del Partido Comunista de Venezuela y al fracaso de la lucha armada (Ferro, 1997; Grandjean y Guénard, 2012; Langue, 2011 y 2015).

A este resentimiento revolucionario, muy difundido entre las izquierdas radicales del continente, se le agrega una retórica mesiánica, así como reiterados llamados al “pueblo”, desde la emisión dominical *Aló Presidente* hasta la cuenta @chavezcandanga de Twitter. Con la promulgación, a partir del 2004, de leyes encaminadas a censurar a los medios de comunicación, cerrados o autocensurados, la violencia deja poco a poco de ser sólo discursiva. La personalidad “patológica” del presidente, considerado “dueño único de la verdad” (José Luis Uzcátegui), le achaca al “enemigo” los resortes emocionales movilizados por los oficialistas. Ellos son los *resentidos*, *escuálidos*, *majunches* y otros “mediocres” de los anatemas oficiales y de un “populismo revolucionario” y “autoritario”. La valorización de la violencia (verbal, simbólica, física) propia de las revoluciones,

tal reviviscencia de un trauma o de una humillación, caracteriza los últimos años de gobierno de Chávez. El “pasado que no pasa” se convierte en arma para el presente. Obsesionados con el pasado de la “Cuarta República” (1958-1998), sus partidarios se desenvuelven en un ambiente de ira, venganza, suspicacia y denuncia, con vistas a infundirles miedo a los contrarios (Uzcátegui, 2011).

Paralelamente, la nueva historia oficial se caracteriza por la reescritura de los hechos históricos: desde el Bolívar libertador de los esclavos, asesinado por los “oligarcas colombianos”, hasta el retrato retocado en 2013, donde el aristócrata *mantuano* se convierte en un mestizo de tez oscura. Culmina con la desaparición del “Bolívar del siglo XIX”, o “comandante supremo” (5 de marzo de 2013), y el inicio del culto al “Bolívar del siglo XXI” desde el museo militar del Cuartel de la Montaña. Imaginario de la salvación, fundamentado en la figura heroica de Simón Bolívar y en la gesta de la Independencia, el culto bolivariano incluye una liturgia cívica (calendario conmemorativo, reliquias, estatuas ecuestres, nombre de promociones militares etc.) y una genealogía propia (el “árbol de las tres raíces” de acuerdo con los textos fundacionales del Movimiento Bolivariano: junto al *Libertador*, Simón Rodríguez, y Ezequiel Zamora, “general del pueblo soberano” de acuerdo con la historiografía marxista) (Pino Iturrieta, 2003: 17 y ss.; Langue, 2009 y 2016; Arenas, 2007).

Varias iniciativas oficiales van a reforzar esta nueva versión a la vez ideologizada y emocional de la historia, custodiada por el Centro Nacional de Historia, garante de la “historia nacional y la memoria colectiva del pueblo venezolano” por decreto presidencial de 2007: la mención del ideal bolivariano en la Constitución Bolivariana (1999), la modificación de los símbolos patrios en 2006 o la cronología reactualizada de las conmemoraciones. Así, el 12 de octubre pasa a ser el Día de la Resistencia Indígena y el aniversario de la rebelión popular del 27 de febrero de 1989 se incorpora al calendario conmemorativo. Otro tanto sucede con el intento de golpe de estado protagonizado por Hugo Chávez el 4 de febrero de 1992, celebrado con desfiles militares, dentro de lo que Germán Carrera Damas califica de “bolivarianismo-militarismo”. Si “el populismo siempre busca enemigos, incluso imaginarios, y exacerba la polarización, así como la glorificación de antivalores” (Raanan Rein acerca del peronismo), el resentimiento se convierte en una política oficial, fenómeno que se acentuó en vísperas de las últimas elecciones presidenciales ganadas por Hugo Chávez sobre sus enemigos “interiores” y “exteriores” en diciembre de 2012 (Arenas, 2006; Carrera Damas, 2005; Langue, 2017). Otra emoción predominaría, sin embargo, en los últimos años de su presidencia: el odio. Con sobrada razón se ha subrayado este “discurso de odio”, que destila desprecio e insultos contra sus

adversarios; que insiste en considerarlos como “enemigos”, amenazando continuamente con “aniquilarlos”, “pulverizarlos”, “volverlos polvo cósmico”. El tema del magnicidio y del complot acentúan las emociones negativas en apología de la violencia (alegato del envenenamiento de Bolívar, y hasta del segundo Bolívar), cuando algunos oficiales se apresuraron en responsabilizar al “imperio” de la enfermedad de Chávez, o sea de la conspiración procedente del norte, tema predilecto de Fidel Castro (Ferro, 1997: 100, 117; Langué, 2016b; Peiró, 2013).

Esta revisión mítica y maniquea de la historia, en la que hemos tenido la oportunidad de profundizar en otros estudios, desembocó en una guerra de memorias enfrentadas, en lo que Marc Ferro denominó como un “conservatorio de los resentimientos”, en la línea de lo que puntualizó Paul Ricœur (la memoria tiende a dividir cuando la historia reúne). Esta configuración se debe en el caso oficialista a una mayor confusión entre el propósito científico de la historia y los visos ideológicos de la memoria como la entienden los voceros de la historia oficial: “los museos bolivarianos, el Museo Nacional de Historia y la revista *Memorias de Venezuela* son instrumentos de esta estrategia rememorizadora” (Centro Nacional de Historia, 2008). Varias etapas conforman esta reescritura ofensiva de la historia criolla: la creación de una comisión presidencial (2008) encargada de investigar las circunstancias de la muerte de Bolívar, asesinado por los “oligarcas venezolanos y colombianos reunidos”, y no de tuberculosis, como lo habían dejado asentado hace tiempo la historia y la ciencia (Pino Iturrieta, 2003; Langué, 2011), el traslado en 2010 de los archivos de Bolívar y Miranda al Archivo General de la Nación (los custodiaba anteriormente la Academia Nacional de la Historia) y la exhumación de los restos del *Libertador* en la noche del 15 al 16 de julio de 2010 y en el Panteón Nacional por decreto del presidente Chávez, con la finalidad de comprobar el “magnicidio”, en una cuasi ceremonia litúrgica. En este caso, es obvia la existencia de regímenes de historicidad enfrentados, respaldados por otros tantos regímenes emocionales, en la medida que, a través de la relación simbólica con la historia y el enfrentamiento de los historiadores e ideólogos en torno al héroe nacional, y de la guerra de las memorias originada en esas religiones republicanas fundadas en el “desencanto”, se oponen dos concepciones encontradas de la libertad y la democracia. La influencia de un imaginario religioso propio del “Estado mágico”, ejemplificado por Fernando Coronil en una acepción fetichista y nacionalista, no deja de esclarecer estos peculiares usos del pasado y la conformación del culto al “Bolívar del siglo xx/xxi” (Langué, 2010 y 2011, Ascensio, 2012; Coronil, 2002).



Pese a la movilización de sus historiadores desde la universidad o las academias, ante la arremetida de la historia oficial “insurgente” –es el término utilizado por sus promotores– y la propaganda oficialista, todavía no encontramos en Venezuela una reflexión epistemológica acerca de la historia del tiempo presente, de esta historia en movimiento y sus conceptos. A lo más se menciona en un contexto de lo más azaroso para las libertades públicas y poco propicio para el pensamiento crítico. Las emociones, tal como llegan a mediar dentro de la tensión historia-memoria, no se limitan por lo tanto a una colección de afectos arraigados en el pasado que el historiador desentrañaría para resaltar su historicidad. Delinean una experiencia única del tiempo presente para el historiador convertido en testigo de su tiempo. En este último ejemplo, el resentimiento sigue vivo, aunque no sólo en el sentido de un “pasado que no pasa” y de desvirtuados usos políticos del pasado, sino en aras de un proyecto político no sólo excluyente, sino ahora mismo dictatorial.

En nuestras “sociedades de memoria”, la memoria ha pasado a ser a la vez “una nueva virtud”, “un problema por resolver”, es “un valor fundamental, un derecho humano” (Henry Rousso). Ante los “bolivarianismos de papel” del tiempo presente venezolano, y de forma más general ante la tensión historia/memoria, la persistencia de los imaginarios nacionales y en una coyuntura de globalización de la memoria marcada por una mayor presencia de los crímenes o traumas del pasado, se plantea sin lugar a dudas la cuestión de lo que Ricœur llama la “justa memoria”, ni excesiva ni deficiente, y más en contextos de transición a la democracia o, a la inversa, de su debilitamiento y creciente violencia por parte del Estado. Ante una memoria omnipresente, inserta en el tiempo largo y por esta misma razón punto de partida de las emociones negativas, y más particularmente del resentimiento y por lo tanto de un conflicto por venir, de una memoria que no deja de favorecer competencias identitarias, quizá sea éste el mayor reto de la historia del tiempo presente (Langue, 2013 y 2017; Rousso, 2016: 277, 298).<sup>13</sup>

<sup>13</sup> “La memoria ha pasado a ser un valor fundamental, un derecho humano”, entrevista a Henry Rousso por Pablo Marín, *La Tercera*, 19 de agosto de 2018, Disponible en <<http://culto.latercera.com/2018/08/19/henry-rousso-historiador-frances-la-memoria-ha-pasado-a-valor-fundamental-derecho-humano/>> (consulta: 18 de septiembre de 2018).